

# I

De noche, desde mi lecho, oigo gemir el viento entre los árboles. Los grandes abetos, tan viejos como el propio mundo, que yerguen sobre nosotros sus ramas cargadas de agujas, son azotados por la tormenta que crece en intensidad a medida que muere el día. Me revuelvo en mi jergón, despierto y vigilante, porque los ancianos necesitamos poco descanso. Los demás sólo distinguen el viento, pero yo percibo en él las silenciosas palabras del dios Assur, rey de los cielos. El viento, que es su mensajero, me transmite las voces de los moribundos.

Aún aquí, en este rincón del mundo, persiste en mi olfato el hedor a cadáveres. Estas gentes que desconocen el implacable sol de mi patria no parecen creer en presagios, pero yo sé que, en oriente, la tierra donde se hallan enterrados mis padres está empapada de sangre: los dioses han sido sometidos a esclavitud e incendiadas sus ciudades. Veo los fértiles campos de cebada, ondulantes mares de hierba, convertidos en erial: me basta con cerrar los ojos.

Pero ¿y si estos fantasmas tan sólo fuesen fruto de mis noches de insomnio? A veces, cuando la existencia humana languidece día a día, la mente es invadida por las sombras.

Sin embargo creo que hay algo más. Cuando yo era niño, el dios Assur juzgó conveniente desvelar el futuro ante mis ojos y aún no me ha abandonado. Los muros de Nínive han caído y su pueblo sucumbe bajo las armas extranjeras. Todo estaba escrito: es un secreto que he guardado en mi pecho en el transcurso de estos años, una negra visión de lo que debía ser. Todo cuanto veo con los ojos del alma ha sucedido... o sucederá.

Y si debe llegar el fin, ¿quién mejor que yo, que he fundado mi hogar entre extranjeros y cuyos nietos se expresan en una lengua extraña, para recordar sus comienzos?

Así pues, daré inicio a mi narración porque el dios que dispone de esta vida y de la otra conduce nuestros pasos por senderos inescrutables. Soy Tiglath Assur, hijo del Glorioso Sennaquerib, Terror de las Naciones, y mis palabras son tan auténticas como monedas de plata.

Mi madre, Merope, fue entregada como tributo al rey de las Cuatro Partes del Mundo por uno de los siete reyes de Chipre. El rey,

que se encontraba en el crepúsculo de su existencia, la donó a su futuro sucesor, a quienes los dioses ya habían concedido varios hijos varones de sus dos esposas legales. Y así fue como aquella desconocida, una extranjera en la ciudad del rey de Dur-Sharrukin, me llevó en su seno entre los muros del gineceo, en el palacio del príncipe heredero, el señor Sennaquerib. Allí aguardó, viendo abultarse su vientre, mientras maduraban los designios del dios.

Y cuando mi madre sintió que se acercaba el momento, el gran rey Sargón, Señor del Mundo y padre de mi padre, guerreaba en el país de los kullumitas, enfrentándose a un pueblo que habitaba en tiendas y vagaba de uno a otro lugar en busca de pozos de agua. Sargón condujo los ejércitos de Assur a las montañas del este decidido a demostrar su poder a aquellos nómadas y a arrojarlos al desierto para que nunca más volvieran a hollar las ricas tierras de Acad y Sumer ni las rápidas corrientes del Tigris.

Los kullumitas moran en lugares inhóspitos. Entre las duras piedras apenas asoma una brizna de hierba y hombres y bestias no conocen ningún solaz. En aquellas tierras montañosas el carro real tuvo que ser transportado a hombros de los soldados y el propio soberano se vio obligado a abandonar su montura y a escalar como una cabra, por su propio pie, los duros senderos sembrados de rocas. Pero Sargón ya era viejo.

El vigésimo día, cuando los ejércitos mojaron sus sandalias en el caudaloso río Turnat, el rey dispuso que el ejército acampase en una planicie, bajo un acantilado de rocas esquistas y calizas y junto a un arroyo de cantarinas aguas que manaba como sangre de una fresca herida. Sargón decidió que se instalarían en aquel lugar dos días para descansar y reparar fuerzas. Los esclavos montaron la tienda real y el soberano se sentó en su puerta apoyando las manos en las rodillas mientras las huestes de Assur se cobijaban bajo su poderosa sombra. Reaparecieron los pucheros, y aquellos hombres que habían olvidado los rostros de sus esposas y el sabor del cordero recién sacrificado se despojaron de sus armaduras y refrescaron sus sudorosos rostros y chapotearon en los transparentes charcos, como si fuesen criaturas. Los soldados se conforman con poco y encuentran acomodo donde y cuando les es posible, y el rey sonreía como un padre al verlos, recordando otros tiempos.

Hacía diecisiete años que el señor Sargón reinaba en el ancho mundo. Había sometido a su yugo a los reyes de Tiro y Sidón en las orillas del mar del norte y a las opulentas ciudades de Carquemish, Alepo y Damasco y asumido el poder de manos de Marduck y proclamándose rey de Babilonia. Desde lugares tan remotos como

Egipto y Lidia, e incluso de los desiertos páramos de Arabia, los hombres le enviaban ricos presentes y temblaban ante el eco de su voz porque su poder no conocía límites ni su cólera fronteras. El país de Assur había sido cuna de insignes monarcas, conquistadores infatigables al paso de cuyos ejércitos temblaba la tierra, pero Sargón era el más grande.

En su cuerpo viejo aunque vigoroso aparecían las cicatrices de múltiples heridas porque sus campañas se remontaban a los tiempos ya lejanos de su imberbe juventud. Era valiente como un jabalí y astuto como una víbora, y sus soldados le querían y veneraban como si personificase al propio dios.

Y, sin embargo, estaba viejo y cansado y le había abandonado el entusiasmo por la lucha: sobre su cabeza revoloteaba la muerte como negro pájaro.

Aquella noche cenaba con sus oficiales compartiendo con ellos pan y negra cerveza y escuchaba los relatos de sus compañeros aguardando el momento de retirarse a descansar. En torno a los fuegos del campamento los soldados jugaban a suertes, reían y olvidaban las penalidades de la campaña. Pero los kullumitas vigilaban desde las montañas aguardando a que transcurrieran las horas.

Nunca he sabido qué sucedió. Los anales, que, de todas formas, siempre han estado plagados de mentiras, guardan silencio sobre este punto y, con el transcurso del tiempo, hasta que se me ocurrió indagar, los recuerdos se habían ido esfumando. Los supervivientes de aquella terrible noche fueron escasos y, ¿por qué no decirlo?, bastante reacios a comentar lo sucedido. Después de todo ¿quién osaría censurar al Gran Sargón hablando con su propio nieto? Pero, según he podido constatar personalmente, cuando los hombres pasan mucho tiempo sin ver al enemigo cometen imprudencias y también suele suceder que los ejércitos de una gran nación que luchan contra salvajes suelen considerarse invencibles. Fueran cuales fuesen las razones, no enviaron observadores a las montañas y los centinelas de la poderosa hueste real estuvieron sordos y ciegos.

Y en la sombría hora que precede al primer resplandor del alba, los kullumitas llegaron en sus caballos y con los rostros ennegrecidos irrumpieron en el campamento y derribaron y prendieron fuego con sus antorchas a las tiendas donde dormían nuestros soldados. Los hombres, viendo interrumpidos sus plácidos sueños, se precipitaron entre la oscuridad parpadeando como lechuzas y fueron asesinados sin que pudiesen ofrecer resistencia. Antes de que lograsen comprender lo que sucedía cayeron derribados y sus sesos y entrañas cubrieron el suelo. Muchos valientes soldados de Assur sucumbieron ante las

largas lanzas de puntas de cobre y las curvas e implacables espadas. Los caballos relinchaban como si estuviesen poseídos por el diablo y batían con sus cascos el duro suelo que retumbaba como tambores. Sonaban gritos de guerra, chillidos de pánico y los gemidos de los moribundos. La tierra se empapó de sangre: la cruel Ereshkigal, diosa de los muertos, se sació aquella noche de carroña.

«Después, todo concluyó. El enemigo se retiró tan rápidamente como había acudido. Regresaron a sus montañas cargando en sus monturas los despojos obtenidos, sintiéndose felices, ricos y gloriosos. Los pocos que habíamos quedado con vida éramos presa de confusión y temor. Únicamente comprendíamos que habíamos estado a un paso de la muerte: sólo podíamos pensar en eso. Era como estar muriendo: nos debatíamos entre el pánico y la impotencia, y el cerebro y los sentidos nos palpitaban igual que una herida. Pese a su sólida apariencia, sentíamos como si el mundo que nos rodeaba fuese a desaparecer ante nuestros ojos, igual que si nos hubiésemos convertido en fantasmas. Y de pronto descubrimos algo que nos devolvió a la realidad. Porque tendido en el polvo, con su camisón manchado de sangre, los kullumitas habían abandonado el cuerpo del Gran Sargón, descuartizado y atravesado con una lanza. Su muerte fue obra de muchos porque él, príncipe, jamás hubiera sucumbido ante un solo adversario».

Tal fue la versión que me contaron muchos años después. De modo que Sargón murió en las montañas. Sucumbió en el campo de batalla, asesinado por bandidos hábiles únicamente en el robo y el pastoreo, y su hijo, mi padre, tuvo que pagar una fuerte suma para rescatar el cadáver de sus asesinos.

No me molestaré en referir el retorno a la patria del resto del gran ejército, cómo se vieron acosados los soldados por los salteadores y el hambre y los padecimientos que sufrieron y cuántos de ellos perecieron por el camino. No pretendo narrar su historia. Transcurrieron muchas semanas antes de que en la tierra de Assur se conociera su destino y la muerte de Sargón. Y aunque los súbditos del monarca lo desconocían, intuyeron lo sucedido porque los dioses, a quienes nada se oculta, les enviaron una señal. La noche en que murió Sargón apareció una estrella en oriente, casi rozando las montañas. Los hombres temblaron al verla y se ocultaron en sus casas murmurando oraciones para alejar la desdicha del país porque era una estrella de mal augurio y roja como la sangre.

Y aquella misma noche, en el gineceo del palacio de Sennaquerib, el *marsarru*, el heredero ya rey, aunque lo ignoraba, mi madre me trajo al mundo entre vagidos. De modo que los llantos que

vertí al nacer fueron los primeros plañidos que brotaron por el monarca fallecido.

—¡Verás cómo lo consigues, mi pequeño Lathikadas! Lograrás cuanto te propongas: todos los misterios serán desvelados para ti. ¿Ves cuan fácil es, mi pequeño príncipe?

Así se expresaba mi madre mientras me enseñaba a caminar cabeza abajo valiéndome de las manos sobre las frías baldosas del porche que rodeaba nuestro jardín. Digo nuestro jardín, y lo recuerdo como si así lo fuese, pero en realidad era común a cuantos residíamos en el gineceo: las esposas, las concubinas y los hijos del rey. Mi madre me sostenía por los pies para evitar que cayese, pero yo podía soportar mi propio peso y caminar en línea recta hasta que llegábamos junto al gran surtidor cuyas aguas caían con musical sonido. Merope deseaba fortalecer mis brazos, decía que me sería necesario porque el dios había impreso su marca en mí. Yo tendría entonces cuatro o cinco años.

—La estrella es el distintivo de Ishtar, diosa de la sensualidad y reina de las batallas, y el rojo, color de luto: esa señal de nacimiento que tiene tu pequeño no presagia nada bueno.

Naquia sonreía entornando los párpados como si me tomase las medidas para mi sepultura. Estaba sentada en el borde del surtidor y nos observaba cruzada de brazos, igual que un hombre. Era una de las dos esposas legales del soberano y, según todos, su favorita, pero no ostentaba el rango de primera dama de palacio porque aún vivía la madre del heredero. Se decía que su belleza era tal que podía ablandar las entrañas de un ídolo de piedra, mas los niños no aprecian tales cosas y a mí solamente me asustaba. Abrigaba muchas ambiciones hacia su hijo y odiaba a Merope y a mí; a ella, por haberme concebido. El pequeño Asarhadón nos miraba asido a las faldas de su madre. Le saqué la lengua y se escondió a su espalda.

—¡Pon a ese niño de pie, mujer! ¿No ves cómo le baja la sangre a la cabeza?

Mi madre me soltó y yo me apoyé en el suelo, di unas volteretas tal como ella me había enseñado y me quedé erguido como una trampa que se cerrase de golpe.

—Al punto se advierte que es jonio, un extranjero como tú. Acabarás sus días fabricando adobes para los muros de la ciudad.

—¿Le auguras un futuro de esclavitud como a toda tu familia, Zakutu?

Porque todos sabíamos que Naquia era una liberta babilonia que el gran rey Sennaquerib había comprado a un tabernero de Borsippa. En su época de esplendor resultaba peligroso mencionarle tales inicios como asimismo recordarle que el nombre acadio que el rey le había dado significaba «la liberta», aunque no por ello fuese menos cierto.

La sonrisa se fundió de labios de Naquia al igual que la escarcha bajo los rayos del sol.

—Mi hijo, Zakutu, será un gran hombre en tierras de Assur —añadió Merope cogiéndome en brazos y estrechándome contra su pecho. Tomó mi mano cubriendo la marca de nacimiento, aquella estrella roja como el fuego que se recortaba en la suave y blanca palma—. Esto es profético: está escrito desde el instante en que nació porque los dioses le protegen.

Aunque siempre he amado ciegamente a mi madre, en aquellos momentos comprendí que no obraba con prudencia.

Y Naquia, cuya mente siempre albergaba siniestros pensamientos, permaneció sentada al borde del surtidor, alisando con las puntas de los dedos la orilla de su negro velo. Aún me parece verla en aquellos momentos, hace ya una eternidad, no como era entonces sino como la recordaba cuando comencé a ser un hombre, hermosa todavía, pero con algunas canas en su negra y brillante cabellera y con la boca curvada en un rictus formado tras largos años de maquinaciones e intrigas. Aquella mañana en que nos encontrábamos en los jardines de Nínive debía de ser casi una muchacha, ¿pero sería joven alguna vez? No podía imaginarlo: las mujeres destinadas a ser madres de reyes jamás lo son.

—Lathikadas, ve a jugar con tu hermano el príncipe —dijo mi madre dejándome en el suelo, donde mis sandalias arañaron la dura piedra.

—Y cuida cómo tratas al futuro rey, mi gran hombre de Assur.

Cuando pasé por su lado me acarició los cabellos, maravillándose como siempre de su color. La miré a los ojos fascinado ante la proximidad del peligro. El pequeño Asarhadón había asomado tras las faldas de su madre. Era sólo unas semanas más joven que yo, pero de menor estatura, como la mayoría de los hijos del rey que podían considerarse mis compañeros en el gineceo. Le tendí la mano como me habían indicado y él la tomó sonriente; pese a ser hijo de Naquia, Asarhadón comenzaba a tratarme como a un amigo.

—Sí, puedes ir, hijo mío —autorizó la joven. E inclinándose sobre nosotros nos cogió por los hombros como barcos impulsados por las aguas—. Corre y juega con el escogido del dios, aunque su

madre tan sólo sea una concubina, y aprende las costumbres de los grandes hombres que dentro de unos años se postrarán a tus pies como esclavos.

Rememorando aquellos tiempos puedo comprender lo que entonces estaba oculto para mí. El gineceo era un lugar extraño, artificioso, donde la felicidad no existía. Estaba siempre lleno de gente: jóvenes madres con sus hijos, viejas arrugadas que habían compartido el lecho de monarcas largo tiempo desaparecidos y que no tenían otro lugar donde refugiarse... Pero lo que mejor recuerdo es la tranquilidad allí reinante. En aquel lugar todos hablábamos en voz baja, incluso los niños, como si temiésemos quebrar algún sortilegio. Allí acudía el rey mi padre en busca de solaz, pero nadie era dichoso. El gineceo era como una prisión, una jaula con barrotes de oro porque nadie podía abandonarla o entrar en ella sin la autorización del gran rey. Mas los niños ignorábamos tales cosas y nuestro jardín, rodeado por las residencias de las esposas y las concubinas, me parecía un lugar encantador. Los estanques embaldosados estaban llenos de peces de brillantes escamas que se deslizaban por las aguas como relámpagos y el soberano guardaba allí una gacela domesticada que había sido criada desde pequeña y que no sentía ningún temor hacia nosotros y acudía a lamernos los sudorosos brazos.

También teníamos un tilo de una especie que se consideraba muy singular. Aunque se nos había prohibido expresamente colgarnos de las ramas más bajas para no romperlas, yo solía hacerlo. Y hacia el árbol conduje a Asarhadón, a quien pretendía asombrar con mi audacia. Pero él únicamente deseaba conocer el secreto que me permitía caminar cabeza abajo.

—¡Enséñame, enséñame! —canturreaba, brillantes los negros ojos, siguiéndome con la escasa ligereza que le permitían sus gorduzuelas piernas. Asarhadón nunca fue especialmente ágil, pero a la hora de su muerte era sólido e imponente como una roca—. ¡Enséñame cómo lo haces! ¡Enséñame, Lafkos!

—¡Me llamo Tiglath! —le dije fríamente.

Los niños criados en el gineceo aprenden pronto a hacer prevalecer su dignidad. Comprobé que había conseguido el efecto deseado. Asarhadón me miró asombrado.

—Tu madre te ha llamado Lafkos..., la he oído.

—Me llamó Lathikadas... Es la única que puede hacerlo: nadie más. Es una palabra de su lengua.

Asarhadón, que en aquellos tiempos apenas conocía su propio idioma, ladeó la cabeza como si tratase de captar algo incomprensible.

—¿Qué significa? —preguntó finalmente.

Ante semejante misterio había olvidado su entusiasmo por aprender a andar cabeza abajo.

—Significa que mi nombre es Tiglath. Me llamarás Tiglath y nada más. ¿Serás capaz de recordarlo?

El pequeño sonrió e hizo una señal de asentimiento, sin darse cuenta, al parecer, de que habíamos establecido un pacto de honor. Y en aquel momento le entregué una parte de mi corazón que ni siquiera la muerte le arrebataría. Aún hoy se me llenan los ojos de lágrimas recordando los años de nuestra infancia. ¡Asarhadón, mi hermano, mi amigo, aquel a quien engañé y que a su vez también me engañó, pero al que siempre quise! ¡A quien sigo queriendo aunque se haya convertido en polvo!

—¡Enséñame el truco! —gritaba agitando los brazos en el aire—. ¡Enséñame, Tiglath!

—De acuerdo, pero no seré responsable si te rompes la cabeza.

Mi hermano Asarhadón muy bien podía preguntarse por el significado del nombre que Merope me daba porque también entonces era un enigma para mí, al igual que yo mismo me consideraba un enigma.

Ella y yo éramos extranjeros, seres distintos de los demás. Y pese a ser un niño, me sentía plenamente consciente de ello. Las mujeres de la casa real se volvían a mirarme sorprendidas del color azul de mis ojos. Los hombres de Assur eran robustos y morenos y yo soy alto y esbelto y, en mi juventud, mis cabellos eran castaños. Desde que Shamash, Señor del Destino, me ha obligado a vagar errante por todos los países del mundo, he comprendido que nada hay de terrible en ello, y que los hombres que viven allende el mar del norte e incluso los que residen en el Nilo, en el país de Kem, aunque sean más morenos no son distintos. El ancho mundo alberga grandes multitudes, pero yo aún tardaría muchos años en comprenderlo. Únicamente sabía que mi madre tenía ojos azules y cabellos cobrizos, que se expresaba en un idioma que sólo yo podía entender y que era su hijo y un ser distinto a todos cuantos me rodeaban. Los niños temen ser objeto de burla y yo sentía como si mi singularidad fuese una maldición. Y, por lo menos, había nacido junto a las rápidas corrientes del Tigris... Me pregunto cuánto debió sufrir mi madre sabiéndose extranjera en el gineceo.

Mi madre era lo que los hombres de Assur llamaban «jónica» o,



según ella, griega, puesto que había nacido en el continente, en una ciudad llamada Atenas. Merope me explicó que su padre era un zapatero que se dedicaba a negociar con los buques mercantes que se internaban en los oscuros mares, aunque yo no comprendía nada de aquello —jamás había visto un barco ni oído hablar de una raza de «mercaderes»—. Al parecer su padre se encontró con tales dificultades que se vio obligado a venderla como esclava. Era un hombre sensible que lloró amargamente el día en que se la llevó de casa, y ella no le guardaba ningún rencor, de modo que a los trece años se encontró a bordo de un buque rumbo a Chipre, donde las mujeres rubias alcanzaban mejores precios. Desde allí, y tras distintos avatares, entró a formar parte del tributo que los reyes de la isla enviaban al rey Sargón. Y jamás volvió a ver su tierra natal.

Lathikadas significaba «aquel que destierra todo pesar». El gran rey mi padre decidió darme el nombre de Tiglath Assur, honrando de este modo a su abuelo y a su dios, pero mi madre, para alivio de su penosa existencia, me llamó Lathikadas. Confío que, aunque en pequeña medida, aquello llegase a ser realidad.

Pero mi hermano Asarhadón, aquel niño de negros cabellos que tenía el color y la consistencia de una pieza de adobe, desconocía tales cosas cuando formulaba su inocente pregunta. Aunque Naquia intrigase para instalarlo en el trono de su padre, su corazón era pura inocencia. No pretendía causar daño alguno, salvo a los enemigos de Assur, y en aquel tiempo ni siquiera a ellos.

Mientras Naquia soñaba con la gloria de su hijo, nadie, y mucho menos el propio Asarhadón, imaginaba seguir otro destino que no fuese el de soldado. Deseaba ser un *rab shaqe*, caudillo de los ejércitos reales. Aquel dulce muchachito sería capaz de verter amargo llanto si moría una de las palomas reales, pero, como todos nosotros, soñaba con ver gotear de su espada la sangre de medas y elamitas.

—Odio escribir —me decía en un susurro cuando inclinados sobre nuestras tablillas copiábamos los caracteres de un conjuro destinado al dios Nabu que debíamos aprender de memoria—. Esto es propio de escribas y sacerdotes, no de hombres valerosos. ¡Es inútil! Jamás recordaré la décima parte de todo esto.

Y ciertamente que los misterios auspiciados por Nabu no eran de sencilla comprensión sino destinados al más refinado intelecto.

Escribíamos en tablillas de barro húmedo, las cuales, según decían, una vez cocidas durarían hasta el fin del mundo, por lo que debíamos ser sumamente cuidadosos grabando las largas y puntiagudas líneas que constituían los caracteres, ínfima parte de una palabra, para que no formasen surcos desiguales en la lisa superficie. Aquellos

rasgos se contaban por infinitas centenas y los auténticos escribas no los copiaban en el lenguaje acadio con que se expresaban los hombres vulgares, sino en el antiguo dialecto no utilizado en la tierra de Assur desde la época de los héroes. Por añadidura, debíamos aprender sumerio, la lengua sagrada que se escribía con idénticos caracteres, pero con distinto significado y sonidos, una lengua que confundía nuestra mente, en la que nadie podía haberse expresado con soltura ni siquiera en los tiempos antiguos, pero que resultaba grata a oídos del dios.

Asarhadón copiaba los trazos sosteniendo el alargado estilo en forma de pincel entre los gordezuelos dedos, odiando aquellos signos que resbalaban por su mente como agua por un cedazo, como odiaba al viejo escriba de blancos cabellos y rostro imberbe que nos enseñaba y que tan temeroso se mostraba de la cólera real. Aquél era un auténtico tormento para el joven Asarhadón, porque a su madre, que ni siquiera sabía formar los símbolos que constituían su propio nombre, le preocupaban extraordinariamente sus progresos. Y parecía que Naquia tuviese mil ojos.

—¿Sabes escribir, madre?

Merope me miró como si esperase verme convertido en estatua de sal ante semejante impertinencia y suspiró acariciándome los cobrizos cabellos.

—En la ciudad de Atenas únicamente los lactantes o los imbéciles no saben escribir. Sólo los campesinos, que tienen las orejas llenas de estiércol, son incapaces de ello.

En realidad ella sólo sabía formar diez o doce signos que bastaban para representar su nombre, el de la diosa de su ciudad y algunas otras menudencias, pero también me los enseñó.

Escribir es un ejercicio extraño, contrario a la naturaleza. Según dicen, aunque no lo creo, el dios Nabu se apiadó de los hombres y les dio la escritura cuneiforme para que pudieran recordar sus plegarias. Si los griegos pueden deletrear cualquier palabra con sus veinticuatro signos que denominan «letras», ¿por qué Nabu había agobiado a los pueblos de Acad y Sumer con centenares de símbolos tan difíciles de trazar como de recordar? La escritura de la gente del Nilo, según tengo entendido, aún es peor. Sólo los hombres podrían crear algo tan perverso; es imposible que los dioses tengan que ver con ello.

—Los dioses te han concedido excelente oído —me decía el viejo Bag Teshub con voz trémula como un caramillo mientras se enjugaba el sudor de la frente—. Entre todos mis alumnos, tus reales hermanos, no tienes rival. Ni siquiera Nabusharusur, tres meses

mayor que tú, posee tan sutil comprensión. Si nuestro señor, tu padre, decide destinarte al sacerdocio, serás un magnífico intérprete de presagios.

Un día estudiábamos la leyenda de la victoria de Assur sobre Tiamat, monstruo femenino del Caos, que utilizó los vientos para mantener abierta su boca mientras le disparaba una flecha en el corazón y despedazó seguidamente su cuerpo formando el cielo con una parte y la tierra con la otra, convirtiéndose de ese modo en el señor supremo de todos los dioses, quienes le dieron cincuenta grandes nombres. Se trataba de un texto muy sencillo, con excepción de los cincuenta nombres.

—Príncipe Asarhadón, recítanos las líneas de la segunda tablilla en la que Ea es incapaz de someter al monstruo. ¡Tómala!

Mi hermano, candida criatura, cogió el delicado rectángulo de arcilla de bordes lisos y redondeados por el contacto de muchas generaciones de escribas y me dirigió una rápida mirada llena de terror que me movió a la compasión.

—... «terror»... «mandíbulas»... —murmuró con incoherencia hundiendo la punta del estilo en su mejilla, como si de aquel modo intentase estimular sus pensamientos—. «El terror que producía...» ¡Es algo acerca de unas «mandíbulas»!

Nabusharusur, mi único rival en nuestro reducido grupo escolar, un muchacho animado, bullicioso y mi amigo más íntimo después de Asarhadón, me miró de reojo sonriendo con malicia. Sin duda era muy humano sentir cierta suficiencia ante la desdicha de nuestro hermano. Posiblemente también yo estaba sonriendo.

—¿Qué dices acerca de unas mandíbulas, príncipe?

Y el rostro de Asarhadón, que durante toda su vida sólo sintió temor hacia su madre, se ensombreció de ira contra el viejo escriba.

—¡Ya te daré yo, viejo y fofo eunuco!... ¡La bolsa que tienes entre las piernas está más vacía que el vientre de un barquero!

Y lanzó por los aires la tablilla a modo de bélico proyectil, estrellándola contra la pared a menos de un palmo de distancia de la cabeza de Bag Teshub.

Asarhadón incluso debió de sentirse satisfecho al recibir su castigo, como si cada latigazo propinado por el anciano —que apenas utilizaba aquel instrumento con nosotros, sin duda temiendo que cuando fuésemos adultos clavásemos su arrugado pellejo en los muros de la ciudad— fuese una marca honorable. Nada resultaba más odioso a Asarhadón que dar una lección, y aquel día, en cuanto nos permitieron abandonar nuestras obligaciones, se sentía más alegre que un pajarillo. Dentro de una hora, en que por algún misterioso

—aunque no menos inevitable— proceso hubiese llegado a oídos de Naquia lo sucedido, tendría ocasión de lamentarlo profundamente, pero por el momento, mientras nos encontrábamos sentados bajo el tilo, desdoblando las servilletas que envolvían nuestro almuerzo, se sentía muy satisfecho.

—No deberías hablar de ese modo a Bag Teshub —le amonesté severamente. Pero nuestras miradas se cruzaron y me sentí indefenso ante las carcajadas del muchacho—. Y tampoco debes decirle tales cosas.

—¿Por qué? ¿Acaso no son ciertas?

Tenía la boca llena de dátiles secos empalagosamente dulces, pero tan difíciles de triturar como reseco cuero. Finalmente, deseoso de añadir algo más, se los tragó con tantas dificultades que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Le has visto orinar alguna vez? Su porra está tan arrugada que la piel le cuelga como cáscara de cebollas. Y no tiene nada más. Sólo le queda una cicatriz reluciente como si le hubiesen vaciado las dos minúsculas bolas de la bolsa, igual que la carne reseca del puchero.

Asarhadón se reía celebrando su chiste como si lo oyese por vez primera, pero yo me quedé sorprendido sin saber por qué. Desde luego todos advertíamos algo extraño en Bag Teshub. En primer lugar admitían su acceso al gineceo, lo que habría significado la muerte para cualquier otra persona y, por añadidura, no tenía barba.

Asarhadón y yo teníamos entonces una edad en que pocas veces se nos permitía salir de nuestra dorada prisión, salvo para presenciar algún ritual público u observar a prudente distancia los festejos del año nuevo. Aquello sucedía con escasa frecuencia porque éramos demasiado jóvenes, pero comenzábamos a percibir que existía otro mundo más allá del gineceo en el que algún día ocuparíamos el lugar que nos correspondía.

Así pues, sabíamos que los hombres tienen vello en la cara y que se dejan crecer negras y rizadas barbas a las que se aplican ungüentos. Los nobles de la corte de nuestro padre tenían aspecto de dioses, impresión que sin duda se intensificaba por el hecho de que los veíamos a distancia.

Y Bag Teshub no se parecía en absoluto a ellos.

—¿Cómo es que tiene ese aspecto? —pregunté instintivamente, casi temiendo oír la respuesta.

—Mi madre dice... —repuso Asarhadón inclinándose hacia mí, muy consciente de estar confiándome un gran secreto—. Mi madre dice que es por algo que le hicieron, que los sacerdotes le despojaron de su virilidad con una navaja cuando era niño. Supongo que sabrás

que es uno de los hermanos menores de nuestro abuelo, el rey que falleció.

Asentí en silencio. El corazón me latía con fuerza: creía estar vislumbrando un sombrío futuro.

—¿Quién se atrevería a hacer tal cosa al hermano del anciano rey? ¿Quién ordenaría algo semejante?

Asarhadón, con la inocencia de su corta edad, me ofreció sus dátiles, que yo cogí maquinalmente.

—Me sorprende que me hagas una pregunta tan tonta. ¿Ignoras la razón? El rey tiene muchos hijos y sabe que una vez muera no seguirán queriéndose eternamente. Sin duda, deseará que su heredero reine sin disensiones, y sabe que un hombre castrado no puede aspirar al trono.

Durante algunas noches el cuchillo castrador pobló mis pesadillas. Después de todo, ¿qué era yo sino uno de los hijos menores del rey? La primera dama de palacio, Tashmetumsharrat, tenía dos hijos casi adultos y, por añadidura, estaba el propio Asarhadón. En cuanto a mi madre, era una simple concubina y, por si fuera poco, extranjera. ¿No tenía motivos para estar asustado? Pero un niño no puede mantenerse mucho tiempo en semejante estado: en realidad, sólo teme los peligros inminentes y, en consecuencia, en breve olvidé mis temores.

Además, otros pensamientos poblaban mi mente porque a los jardines del gineceo había llegado otra prisionera. Con ocho años y dominando la escritura cuneiforme, que para mí constituía toda la sabiduría que el mundo podía ofrecerme, descubrí qué era enamorarse.

¿Qué podría decir de Asharhamat?, tan hermosa a mis ojos que su recuerdo ablanda mis entrañas como húmeda arcilla en manos del alfarero. Aquellos que han conocido el amor en la infancia, todo ternura y dulce congoja, podrán comprenderlo, y los que no lo lograron, jamás lo conseguirán. Dicen que el tiempo sana todos los males, mas no es así. Algunas heridas antiguas se resienten cuando llega el frío. Tal era mi amor por Asharhamat.

Asharhamat y yo éramos primos, puesto que también ella descendía de Sargón. Su padre era un babilonio de noble familia, cuya abuela había compartido el lecho principesco cuando aún reinaba Salmanasar, pero Sargón el Grande había diseminado extensamente su semilla por tierras de Acad y Sumer, por lo que, considerando su

escasa relación con la familia real, había sido conducida a Nínive, donde debería criarse entre los hijos de Sargón, soberano del ancho mundo: los dioses habían decidido que mi pequeña doncella de Nippur desempeñara un papel importante y configurara el destino de las naciones.

El dios reina en mi ciudad natal. Assur dio nombre a su antigua capital y a la propia tierra. Todos somos sus esclavos, todos hemos nacido para servirle: hasta el propio rey. Y, más que nadie, el rey. El día que toma posesión de su cargo, la multitud le sigue desde el templo gritando: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey!» Y así es ciertamente. Y Assur había proclamado su voluntad de que una doncella nacida en Nippur y que llevaba la sangre del soberano Sargón fuera madre de reyes en nuestra tierra hasta que Nínive, Kalah y la propia Assur no fuesen más que simples palabras en labios de extranjeros.

De modo que Asharhamat no estaba destinada al cachorro de una esclava griega. Sería la esposa del heredero de Sennaquerib cuando hubiese alcanzado la edad apropiada para parir hijos. Estaba escrito. Así lo dictaba la ley, la voluntad divina ante la que los hombres son impotentes.

Pero los niños, que no conocen la pasión del cuerpo ni el peso de las leyes y que aman únicamente con los ojos, los oídos y el tacto, no tienen en cuenta la voluntad de los dioses. Yo imaginaba que algún día sería la reina consorte del *marsarru* Assurnadinshum, mucho mayor que nosotros y que desde hacía tiempo había sido recibido en la Casa de Sucesión, donde se mantenía tan distante de sus hermanos como el propio rey. Pero ¿qué representaba eso para mí? Los niños no conocen obstáculos para el amor: aman simplemente. Y yo amaba a Asharhamat.

¿Y qué podía importarme Assurnadinshum? ¿Acaso no era yo señor del ancho mundo, el alumno más aventajado del viejo Bag Teshub, dominaba la escritura cuneiforme y me expresaba en la lengua de Sumer? Superaba en inteligencia a cualquiera de mis hermanos y podía caminar valiéndome de las manos sin la constante ayuda de mi madre. Y todo ello era hermoso y perfecto ante los grandes ojos negros de Asharhamat.

—¡Uf, Tiglath! —decía con su balbuceante e infantil vocecilla cuando le besaba la palma de la mano, un juego inventado por nosotros—. ¡Eres un muchacho muy malo!

Y entonces me tendía la otra mano con la palma hacia arriba, que también la besaba, y reía divertida, primero ocultando el rostro en el borde de su chal de color rosado y mirándome después furtivamente.

La amaba. Reinaba en mi corazón con mayor firmeza que cualquier monarca en la tierra de Assur. No aspiraba a otra cosa en la vida que a sentarme junto a ella bajo las ramas del tilo compartiendo con dátiles y sonrisas aquel maravilloso secreto únicamente nuestro y de nadie más. No podíamos imaginar otro futuro.

Y Naquia nos observaba y sonreía para sí con una sonrisa no tan inofensiva.

—¿Te das cuenta? Antes de cumplir los nueve años ya ha caído en las redes de Ishtar. Si han sido los dioses quienes le impusieron esa marca en la mano, no le auguraban con ello un próspero destino.

Mi madre desechaba aquellas palabras con un encogimiento de hombros.

—Son criaturas —respondía—. ¿Qué daño puede venirles de algo semejante?

¡Ah, Merope! ¡Cuan infortunadas eran tus palabras! Yo no era más que un niño, con una visión infantil de la vida, pero ¿no veías cernirse el peligro sobre la cabeza de tu hijo?

Merope no sabía apreciarlo y yo no podía. El gineceo seguía siendo un paraíso para mí, aunque comenzaba a experimentar ciertas inquietudes. Comprendía que pronto abandonaría aquel lugar para ingresar en el mundo de los hombres y ardía de impaciencia.

Cuando los hijos del rey cumplen nueve años, durante los días de fiesta que señalan el final de las labores veraniegas del campo, abandonan los jardines e inician sus funciones como servidores del dios. Después de esa fecha, tanto si se convierten en escribas, soldados o compañeros del rey, los escasos elegidos que figuran en la diestra del monarca y le asisten en la dirección del estado, dejan de ser niños. No es posible volver atrás: las puertas del gineceo se cierran para ellos. Pese a que lo sabía muy bien, no comprendía que mi madre me mirase con tanta ansiedad ni que llorase de noche en la oscuridad de nuestra habitación. No podía imaginar que estuviésemos a punto de separarnos acaso para siempre, pues ella me lo ocultaba.

Y, desde luego, aquel día también perdería a Asharhamat, cosa que también me ocultaba mi madre.

Para Asarhadón y para mí la única realidad era que pronto ingresaríamos en la Casa de la Guerra, donde nos prepararíamos para el único modo de vida que convenía a los hombres, el auténtico sendero que conducía a la gloria, la existencia militar. Estábamos convencidos de que ese debía ser nuestro *simtu*, nuestro destino. Tal era nuestra voluntad y, por consiguiente, la voluntad de los dioses: no podía ser de otro modo.

—Sin embargo, tal vez esas cosas ya no sean de tu agrado —decía Asarhadón sonriendo maliciosamente, sentado en el suelo y observando cómo me columpiaba colgado del tilo prohibido—. Quizá esa chica te haya sorbido el seso y prefieras quedarte aquí recostado en un cojín y soñando en sus ojos.

Me solté del árbol y me dejé caer en el suelo, desde donde le dirigí un puntapié al pecho, que naturalmente no alcanzó su objetivo porque Asarhadón había previsto mis intenciones y me había esquivado a tiempo. Me asió del pie descalzo y lo retorció, obligándome a caer debajo suyo. Siempre fue un magnífico luchador; no era rápido, pero sí fuerte, y en la lucha cuerpo a cuerpo eso era lo más importante. Al cabo de unos instantes se encontraba encima mío tras inmovilizarme en el suelo.

—¡Reconócelo! —gritó inclinándose sobre mí y riendo estrepitosamente—. ¡Reconócelo! Te has vuelto tan blando como el barro en primavera. Antes de que ella viniese tú no hubieras sido tan torpe ni siquiera luchando, para lo que no estás muy dotado. Te hubieras mantenido a distancia y me hubieras agotado hasta que hubieses logrado derribarme con uno de tus refinados trucos jónicos. ¡Chicas..., puaf!

Era una broma amistosa y no pude menos que echarme a reír. No tuve inconveniente en admitir que realmente era algo ridícula la pasión que había concebido por nuestra prima, que era incapaz de luchar con una espada de madera, de andar con las manos, ni siquiera de pelear, que lloraba cuando la asustaban los relámpagos y que únicamente sabía sonreír y sorprenderse ante todo cuanto la rodeaba.

—Eso te pasa por ser extranjero... Si fueses un auténtico hombre de Assur, no te derretirías como si fueses de cera cuando ella te mira.

—Eres tan extranjero como yo..., hijo de una babilonia.

En aquella ocasión él no fue tan rápido ni logró esquivar la llave que le hice con el pie tras las rodillas, obligándole a caer de espaldas.

Un cuarto de hora después, cuando ya nos habíamos lavado en el agua del estanque, seguíamos bromeando sobre el tema.

—Pronto estarás curado. Cuando sea la esposa de Assurnadins-hum, lo que sucederá antes de lo que imaginas, tendrás que renunciar a esta locura.

—No entiendo la razón —repuse. tal vez con excesiva arrogancia porque en mi más profundo interior ya entonces comprendía que mis sentimientos hacia Asharhamat entrañaban cierto peligro—. No entiendo por qué no podemos seguir amándonos sólo porque ella sea reina. ¿Qué puede eso importar a Assurnadinshum?



—Tiglath, hermano mío, pese a que eres un jonio inteligente, ¡por los dioses que nunca he visto a nadie tan insensato!

Igual que cuando se avecina una tormenta, a medida que se aproximaba el instante en que deberíamos partir, se enrarecía el ambiente que respirábamos en el gineceo. Bag Teshub se mostraba cada vez más inquieto y parecía constantemente atareado mientras nos preparaba para nuestros ejercicios finales, y las esposas y concubinas del rey cuyos hijos habían alcanzado la edad de abandonar el gineceo estaban sumidas en un angustioso silencio porque el pesar se cernía en sus corazones.

Y Naquia me observaba sonriente, sentada en el borde del estanque, como si conociese todos los secretos que me deparaba el futuro.

Finalmente mi madre no pudo contener por más tiempo su llanto, me estrechó entre sus brazos y, cubriendo mi cabeza con su cobriza y densa cabellera, se echó a llorar como si al separarme de ella fuese a encontrar la muerte. Por vez primera me sentí presa del pánico.

—Mi pequeño príncipe —logró articular entre sollozos—. Ya verás cómo el dios de esta tierra te preserva de tus enemigos. La marca que llevas impresa por inspiración divina te protegerá de todo peligro. ¡Ya lo verás!

—¿Qué enemigos puedo encontrar en la casa de mi padre? —pregunté.

De pronto aquella me parecía una cuestión de capital importancia.

—Ninguno del que no pueda protegerte la grandeza de tu destino. No tienes por qué sentir temor de nadie.

Y cuando descubrí que ella tenía los ojos llenos de lágrimas comprendí inmediatamente que ni ella misma creía las palabras de ánimo que me estaba dirigiendo, y el corazón se me encogió en el pecho.

—No estaremos mucho tiempo separados, Merope. En cuanto sea un gran general y haya alcanzado el favor real, te sacaré de este lugar.

Mi madre sonrió como si diese crédito a mis palabras.

Cuando abandoné sus brazos sólo pensaba en ver a Asharhamat, porque me sentía muy alterado. La niña estaba sentada bajo el tilo como si me estuviera aguardando, pero no encontraría consuelo en ella porque también en su pecho anidaba el temor.

—No volveré a verte —dijo con voz tan tenue como un sus-

piro—. Me encerrarán en el gineceo de Assurnadinshum y tú me olvidarás. Cuando te alejes de este jardín, dejarás de amarme.

Eran unas palabras extrañas. Yo no podía imaginar qué propósito las guiaba ni ella tampoco. Pese a tratarse de una criatura, parecía dominada por un extraño presentimiento que la llenaba de desconocido terror.

Yo sólo tenía nueve años y ella aún era menor, y mientras permanecimos sentados bajo las ramas del corpulento árbol, el futuro aparecía ante nosotros como los férreos barrotes de una jaula.

Al día siguiente el señor Sinahiusur, hermano del rey que servía a su diestra como *turtanu*, comandante del ejército real y servidor de mayor confianza y poder de la corona, nos convocó a su presencia. Comparecimos Asarhadón, Nabusharusur, un muchacho llamado Belushezib, hijo de una concubina aún más insignificante que mi propia madre, puesto que era la esposa semisalvaje de uno de los montañeses del este que había sido capturada por Sennaquerib en el campo de batalla donde su marido había encontrado la muerte y no se sabía exactamente si era hijo del rey o del difunto meda, y yo. Allí aguardamos ante el viejo Bag Teshub para dar lectura a los caracteres cuneiformes que aparecían en las tablillas de arcilla. Era el último momento que compartíamos nuestra escolaridad: aquel mismo día, para bien o para mal, nos convertiríamos en hombres.

Bag Teshub, supongo que para demostrar sus habilidades didácticas, me entregó una tablilla grabada en el lenguaje de Sumer. Era una simple plegaria a Enlil, antiguo dios guardián de los infiernos. Leí el texto con ciertas vacilaciones, pero el *turtanu* Sinahiusur, que aparecía radiante con su túnica bordada en verde y azul con reflejos plateados, dio muestras de aprobación mientras se acariciaba la negra barba. No recuerdo cómo se desarrollaron las siguientes lecturas, salvo las observaciones de Asarhadón cuando hubimos concluido.

—Leo lo suficientemente bien como para interpretar un despacho —dijo—. ¿Qué más necesita un soldado? Me basta con ello.

Los cuatro niños dejamos atrás nuestras obligaciones infantiles y seguimos a Bag Teshub y al señor Sinahiusur, quienes, tras conducirnos por un pasillo que jamás habíamos atravesado, hasta llegar a una puerta que se abría por vez primera para nosotros, nos hicieron salir a la cruda luz del día. Había llegado el momento de separarnos. El *turtanu* puso sus manos sobre los hombros de Asarhadón porque era el hijo de la segunda esposa legal del monarca, no como yo, cuya madre era una más entre las mujeres del harén, y con ese gesto le escogió entre todos nosotros. Pero mientras le sujetaba de aquel modo no apartaba los ojos de mi rostro como si estuviera decidido

a fijar de modo indeleble mi imagen en su mente. No pude imaginar en qué estaría pensando porque no llegó a pronunciar palabra.

—Vamos, hijos míos —murmuró Bag Teshub apartando su mirada de Asarhadón como si su visión turbase su conciencia—. Vamos..., vosotros estáis destinados a ser escribas. Viviréis aquí, en el palacio del rey, donde tal vez os aguarden grandes cosas.

La decepción que sentí en aquel momento fue la emoción más intensa que había experimentado en toda mi vida. ¡De modo que por fin no iba a ser soldado! ¡Para mí no habría gloria ni conquistas! ¡Mi vida transcurriría copiando tablillas! Desde lo más profundo de mi corazón maldije al viejo eunuco por haberme distinguido de tal modo ante el *turtanu* real..., imaginando ingenuamente que aquélla había sido la causa de mi desdichado destino y olvidando las sonrisas de Naquia.

—Venid por aquí —prosiguió con voz temblorosa—. Ha llegado el momento de vuestra iniciación.

Y mientras el *turtanu* se llevaba consigo a mi hermano Asarhadón, nosotros tres fuimos conducidos a un patio inmenso muy alejado del gineceo, donde nos aguardaban cuatro hombres ataviados con las vestiduras propias de los sacerdotes, que estaban arremangados luciendo sus musculosos brazos y mostraban una torva expresión, como si experimentasen una especial animadversión hacia los muchachos de nuestra edad. Jamás olvidaré la expresión de sus rostros. Desde entonces la he descubierto muchas veces, pero aquélla era la primera ocasión que la veía.

Nos detuvimos asustados y tratamos de ocultarnos tras las faldas de Bag Teshub, pero en aquel lugar ni siquiera él parecía nuestro amigo.

—Comenzad con éste —indicó singularmente alterado.

Asió a Belushezib del hombro y lo empujó hacia adelante. El muchacho, olvidando su dignidad de vástago real, profirió alaridos de terror cuando dos de aquellos sacerdotes le asieron por los brazos, retorciéndoselos cruelmente, mientras le arrastraban hacia un altarcillo de piedra situado en el centro del patio.

Era pleno verano y únicamente vestíamos leves túnicas de lino y un taparrabo. Los sacerdotes desnudaron a Belushezib con tanta brusquedad como si despellejaran un conejo. El niño gritó desafortadamente igual que si le arrancaran la piel.

Al principio apenas comprendí lo que estaba sucediendo. Observé cómo dos de aquellos individuos tendían a Belushezib sobre el altar de piedra sujetándole brazos y piernas, mientras otro se adelantaba con una correa en las manos y ataba con ella sus partes más íntimas,

tensando la cuerda y estrangulando el escroto. Todo se llevó a cabo con la mayor indiferencia y eficacia, como cocineros al servicio real que preparasen un cordero para el festín nocturno. Nabusharusur y yo presenciábamos horrorizados aquel espectáculo, en tanto que el cuarto sacerdote, esgrimiendo un cuchillo de hoja curva, abría el escroto vertiendo su ensangrentado contenido por las piernas de Belushezib, cuyos alaridos de pánico y dolor parecían quebrar el aire.

Y de pronto adiviné lo que sucedía.

«¿Cómo se atreven? —pensé—. ¿Cómo osan hacer semejante cosa?». Pero era evidente que nada los detendría, y cuando sentí la mano de Bag Teshub en mi hombro intuí que yo sería el siguiente.

Contemplé aquel rostro imberbe que me sonreía. La piel le colgaba del cuello y oscilaba con sus movimientos. Estaba obeso y sin fuerzas y había sido hermano del antiguo rey.

En aquel momento comprendí los temores de mi madre y las sonrisas de Naquia.

Sí, como era natural, Asarhadón no nos había acompañado. Estaba a salvo y acaso llegase a ocupar el trono. Y yo me encontraba allí, a punto de verme despojado de mi virilidad incluso antes de haberla alcanzado.

Y Bag Teshub se atrevía a sonreírme.

—¡No, a mí no me haréis eso!

Ignoro si llegué a pronunciar estas palabras, pero llenaban por completo mi mente. Era hijo del rey y conmigo no harían algo semejante.

—¡Vamos, Tiglath! —susurró Bag Teshub—. Es sólo un momento. Demuéstrales que eres un valiente.

Y me empujó suavemente hacia adelante. Los sacerdotes me aguardaban satisfechos. Uno de ellos sostenía el cuchillo curvo balanceándolo en la palma de su mano como si jugase con él. Avancé un paso, luego otro y otro más sin apenas saber qué hacía.

Yo tenía que haber sido guerrero y los guerreros no temen enfrentarse a los sufrimientos ni a la muerte. No me asustaba el dolor, e ignoraba qué era morir, pero aquel deshonor, aquella vergüenza... ¡No, no podía permitir que aquello sucediese!

Inmediatamente decidí lo que debía hacer.

Ellos no esperaban que yo ofreciese ninguna resistencia. Me aproximé sumisamente, con la mirada fija en el suelo, fingiendo la docilidad que esperaban. El más próximo a mí, y que sostenía el cuchillo, se encontraba de espaldas mirando al altar de piedra. Estaba tan seguro de tenerme en su poder que era como una provocación.

Yo tan sólo era un muchacho, pero mi madre me había enseñado

a ser ágil y rápido. Avancé hacia él arrastrando los pies, fija la mirada en el suelo.

De pronto, en el último momento, cuando el hombre se disponía a extender el brazo hacia mí, me abalancé contra él haciendo acopio de todas mis fuerzas. Aquello bastó. Le acerté por encima de las rodillas empujándole violentamente con las palmas de las manos, y el hombre perdió el equilibrio y cayó sobre el altar. Y, como esperaba, se le escapó el cuchillo de las manos, rodando con gran estrépito por el suelo.

Sin darles tiempo a recuperarse de su sorpresa, me apresuré a recogerlo y me precipité hacia una de las columnas del pórtico, en el extremo opuesto del patio. Corrí como un galgo entre los apresurados latidos de mi corazón y no me detuve hasta alcanzar la enorme columna de granito contra la que me apoyé. Seguidamente me encaré a mis verdugos empuñando el cuchillo.

—¡Soy Tiglath Assur! —exclamé semienloquecido por el terror e invadido por una extraña alteración que jamás había experimentado—. ¡Mi padre es Sennaquerib, Señor de la Tierra y Rey de Reyes! ¡No oséis acercaros!

Por un instante reinó un absoluto silencio, entre el que incluso percibí el tenue susurro del viento. Durante unos momentos creí que podría conseguir mis propósitos. Pero seguidamente me sobresaltaron unas estrepitosas carcajadas que parecían proferidas por el propio dios Assur. ¿Cómo se atrevían? Me sentía tan lleno de cólera que estuve a punto de estallar en llanto, hasta que descubrí que no eran los sacerdotes quienes reían. Éstos parecían haber olvidado mi existencia y estaban postrados en el suelo, humillando sus rostros en el polvo.

Y entonces, en el extremo opuesto del patio y entre las sombras del pórtico, descubrí la presencia de dos hombres. Agucé la mirada para distinguirlos y, como si desearan complacerme, ambos se adelantaron hasta la zona iluminada por el sol.

Reconocí en uno de ellos al *turtanu* Sinahiusur, hermano del rey, silencioso y lleno de majestad como siempre, irradiando prudencia y gallardía.

Pero apenas reparé en él, deslumbrado ante su acompañante, aquel que se había atrevido a reírse de mí, que aún seguía riéndose y que vestía una túnica recamada en oro, porque creí encontrarme en presencia de un dios. El hombre me hizo señas para que me acercase sin dejar de sonreírme.

—Bag Teshub..., tío —dijo—. Sólo es un niño, pero ruge como un león, ¿verdad? Quítale el cuchillo.

Bag Teshub se levantó del suelo y acudió hacia mí inclinándose

repetidamente.

—Dame ese arma, Tiglath. Ahora no estamos en clase. Te encuentras ante el..., ¡ay!

Se había acercado demasiado. Le asesté una cuchillada que le alcanzó la mano. El brazo se le llenó de sangre y cayó rodando por el suelo. Agité amenazador el arma y el eunuco se levantó y retrocedió prudentemente. De nuevo resonaron las estruendosas carcajadas.

—Sabe defenderse por sí solo, ¿verdad, hermano? —comentó el áureo personaje volviéndose lentamente hacia Sinahiusur—. Este muchacho tiene madera de príncipe. Por mi parte estoy convencido, de modo que será como tú lo deseas: le salvaremos del cuchillo castrador.

Sinahiusur no respondió. Se limitó a ponerse la mano derecha sobre el pecho y con una leve inclinación se volvió hacia mí.

—Inclínate, Tiglath Assur —ordenó secamente—. Inclínate ante el rey tu padre.

Sentí que me temblaban las rodillas y me dejé caer en el suelo humillando la frente. Me hallaba en presencia del escogido del dios y estaba atemorizado. Ante mí se encontraba el propio Sennaquerib, aquel a quien yo mismo había llamado Dueño del Mundo.

—Acércate, muchacho —me invitó con suma afabilidad—. Acércate y deja que te mire.

Hasta aquel momento jamás había visto a mi padre el rey y de pronto lo tenía delante mío. Me puso las manos en los hombros y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—No temas, hijo mío. Si tienes corazón de león, te haré poderoso en la tierra de Assur. ¿Qué tal? ¿Te sientes mejor?

Sonó un leve ruido. Era Bag Teshub que se había envuelto la herida de la mano en un trapo y se aclaraba discretamente la garganta.

—¿Qué sucede, tío?

—¿Qué hacemos con el otro, augusto señor?

Porque, naturalmente, todos nos habíamos olvidado de Nabusharusur, que permanecía a la sombra de una columna como si deseara fundirse. No recuerdo cuáles eran mis sentimientos hacia él en aquellos momentos. Sin duda estaba demasiado emocionado para experimentar otras sensaciones.

—Sí, desde luego. —El rey endureció su expresión, pero siguió apoyando suavemente sus manos en mis hombros—. Creo que por hoy nos bastará con un león, ¿verdad? Cumple con tu tarea, tío.

En esta ocasión los sacerdotes no perdieron tiempo ni dieron a Nabusharusur oportunidad de resistirse. Lo llevaron en volandas asiéndole de manos y pies y, aunque llenó el aire con sus estridentes

chillidos, al cabo de un instante se hallaba sobre el altar y el cruel cuchillo había cumplido su función.

—No te vuelvas, hijo mío —dijo el rey, poniéndome una mano en la mejilla para impedírmelo—. Aprende a ser un hombre que no se amilana ante el dolor y la sangre.

Así fue cómo, a los nueve años, supe lo que significaba ser un hombre de Assur.

## II

Sinahiusur era un hombre piadoso, temeroso de los presagios. No había olvidado que mi nacimiento se produjo la noche que murió el Gran Sargón y, tal como mi madre había vaticinado, el estigma divino que tenía en la mano fue mi salvación. De modo que por fin fui enviado a la Casa de la Guerra y el rey mi padre se fijó en mí.

«Te haré poderoso en la tierra de Assur», había dicho. Al parecer lograría alcanzar todo cuanto el mundo pudiera ofrecerme.

Y en la Casa de la Guerra encontré a Asarhadón.

Nuestras miradas se cruzaron en la puerta del cuartel real donde yo había sido conducido tras recibir la bendición del monarca y despedirme de él. Era de noche y Asarhadón, que aún no se había despojado de su peto de cuero, bruñía su espada nueva sentado en el jergón que le servía de lecho. Al oír el rumor de mis pisadas levantó la mirada y, pese a la fluctuante y amarillenta luz de la lámpara de aceite que estaba en el suelo, advertí una mezcla de alegría y sorpresa en su rostro.

—¡Por los sesenta grandes dioses! ¿Eres tú realmente, Tiglath?

Se puso en pie de un salto y corrió hacia mí sin abandonar su espada, como si se propusiera atravesarme con ella, en espontánea demostración de simpatía. Al instante nos abrazamos, y todavía no logro comprender que no llegase a cortarme la cabeza.

—¡De modo que eres tú en carne y hueso y no algún engañoso *gallu* invocado por Zagar, Señor de los Sueños! Creí que te destinaban a la casa de los escribas para convertirte en un grabador de tablillas como los demás.

—Por poco me dejan inútil para cualquier otro servicio —le respondí.

Y seguidamente le di cuenta de lo que había sucedido.

No pareció sorprenderse ni conmoverse en absoluto por el destino que habían seguido Belushezib y Nabusharusur. Me pregunté si habría sentido lo mismo en el caso de que mi *simtu* me hubiese condenado al cuchillo castrador y si también hubiera sonreído con suficiencia murmurando suaves palabras sobre la voluntad de los dioses. Nunca lo sabré. Pero cuando le expliqué cómo había herido la mano del viejo Bag Teshub, prorrumpió en sonoras risotadas.

—¿Es eso cierto, Tiglath? ¡Por el trueno de Ada! ¡Cuánto me hu-



biese gustado encontrarme allí y oírle bramar! ¡Tiglath, mi valiente hermano, te amaré hasta la muerte por cada gota de sangre que has derramado de ese viejo afeminado! ¿Y dices que viste al rey?

—Sí, puso sus manos sobre mí y me llamó «hijo mío».

—Entonces has sido bendecido. Acuérdate de tu pobre hermano cuando el rey te nombre *shaknu* de Babilonia y aquellos tipos de negras cabezas se sometían a tu yugo como ante un Sargón redivivo.

Aquellas palabras provocaron nuevas risas en él, fruto de un derroche de excelente humor, porque Asarhadón poseía buen corazón.

—¿Qué tal es este lugar? —le pregunté mirando en torno sin disimular mi curiosidad, porque había anhelado tanto como mi hermano encontrarme en el cuartel real.

—¿Deseas saber qué tal es? —repitió pasándome el brazo por el hombro y conduciéndome a la reducida habitación que compartiríamos durante los próximos cuatro años—. ¡Este lugar, como tú lo llamas, hermano, es el templo de la gloria!

¿Cómo describir la Casa de la Guerra, donde Asarhadón y yo ocupamos tan elevada posición? Con el tiempo aprendí a montar a caballo, a conducir un carro y a luchar con la espada, la daga, el arco y la jabalina. También me instruí en las fórmulas de cortesía y táctica militares. Me enseñaron a imponer disciplina y a dirigir a los hombres y, lo más importante de todo, adquirí arrogancia.

Asumí que era un príncipe de Assur y que todas las naciones del mundo quedarían reducidas a polvo al paso de los invencibles ejércitos que estaba destinado a dirigir. Comprendí que tenía derecho a sentirme satisfecho conmigo mismo y que podía permitirme desdeñar a los demás porque era un soldado e hijo del rey. Y aquella fue una lección muy necesaria, ya que la arrogancia es madre de la osadía y la crueldad, y sin ellas no se ha ganado ninguna batalla desde que lució por vez primera el sol en el cielo.

Los hombres de Assur somos campesinos: cultivamos campos de cebada y viñedos. Nuestra existencia depende de la tierra y del agua vivificante, dones ambos que dispensa el gran río Tigris. Pero nuestro país está situado en una llanura que no ofrece protección alguna contra los salteadores procedentes de las montañas del este y en nuestro suelo escasean los metales. El oro procede de Egipto, la plata de Bulghar Maden, al norte de las puertas de Cilicia. Una nación puede administrarse sin estos metales, mas no le es posible pres-

cindir del cobre, que debíamos obtener en Haldia e incluso en Chipre. Extraíamos estaño del norte, allende el lago Urumia, y cobre de la costa sur del mar Negro, lugares que se encuentran muy alejados de las llanuras donde nuestros primeros padres levantaron sus chozas de adobe y adoraron al dios que nos ha dado nombre. Por ello, y como los hombres envidiaban nuestras ricas cosechas, nos hicimos guerreros y defendimos la gloria de Assur en las cuatro partes del mundo.

Y nuestro dominio se vio bendecido con la paz. Me consta que tal no es la pretensión de todos los conquistadores, pero, aun así, es cierto. Los pequeños reinos occidentales, que nos consideraban una manada de leones y clamaban por la libertad perdida, se habían ido debilitando entre sí hasta el agotamiento mil años antes de que nosotros apareciésemos. Todos se habían tiranizado entre sí y únicamente nos maldecían porque nos encontrábamos en el lugar que ellos hubieran deseado ocupar. De modo que los comerciantes, los artesanos y los sencillos campesinos a quienes no preocupaban las ambiciones de los príncipes tan sólo se lamentaban de nuestros impuestos, pero no les hubiera alegrado vernos derrocados. Las rutas comerciales estaban abiertas y los hombres podían vivir en paz, y aquello era lo único que les importaba.

Eso fue lo que me enseñaron en la Casa de la Guerra.

Pero tales asuntos poco importan a los jóvenes. A mí me entusiasmaban los caballos, las flechas de punta de bronce y la fortaleza que iba ganando mi cuerpo, y pensar que llegaría a ser poderoso en el país de Assur, puesto que así me lo había prometido el rey mi padre. Era un muchacho feliz que ansiaba alcanzar la virilidad y en cuya mano habían confiado una espada.

A la mañana siguiente de mi llegada al cuartel real, desperté sobresaltado y me encontré balanceándome en mi camisón sin que los pies me llegaran al suelo.

—Ya no estás en el gineceo, príncipe —dijo una voz potente muy cerca de mis oídos.

Volví la cabeza y, con gran sorpresa, descubrí el rostro curtido por el sol de un hombre que lucía el uniforme de color verde de *rab kisir*, cuya barba y cabellos estaban encanecidos y que entonces me pareció terriblemente viejo, pero que debía de tener unos cuarenta años. El *rab kisir* parecía muy enojado y me sostenía con una mano por el cogote. En realidad, era manco..., de su otra manga asomaba un muñón.

—Soy Tabshar Sin, príncipe Tiglath, tu servidor. En el ejército de tu abuelo, el Gran Sargón, conduje un centenar de hombres con-

tra los nairi y en aquella fecha obtuvimos una aplastante victoria. Como ves, perdí la mano izquierda y mucha sangre, pero el egregio soberano se dignó confiarme el cuidado de sus nietos para que los convirtiese en soldados. Y los soldados, príncipe, no duermen hasta mediodía, como las prostitutas de las tabernas. ¡Levántate y lávate la cara! Aquí no tendrás ayuda de cámara.

Y me dejó caer en el suelo como un jarro de agua roto. Al cabo de unos momentos me había aseado y había salido al exterior a la grisácea luz del amanecer. Allí me esperaba Tabshar Sin: estábamos solos en el gran patio de armas.

—¡Qué lástima, príncipe, te has perdido el desayuno! —me dijo sonriente, mostrando su blanca y fuerte dentadura, haciéndome sentirme como un conejo bajo la zarpa del león—. De todos modos ya encontraremos algo en que mantenerte ocupado.

Aquél fue mi primer contacto con la gloriosa vida militar. Desde el despuntar del alba hasta el anochecer, sin ver a nadie en todo el día y con el vientre vacío, estudié el arte de alimentar a los caballos del ejército.

Los establos reales se vanagloriaban de contar con más de un centenar de potentes y fogosos sementales, de anchos ollares y cascos durísimos que hubieran podido arrancar la cabeza a un ser humano tan limpiamente como el hacha del verdugo. Me pasé el día abriéndome paso entre ellos hasta sus angostos pesebres, transportando enormes haces de heno y sacos de cebada y sintiéndome ultrajado, y en más de una ocasión me senté sobre una tinaja vacía de grano, vertiendo amargo llanto por el cruel destino que me había arrebatado de la compañía de mi madre, conduciéndome entre aquellos crueles desconocidos. En el cuartel no se repartía ningún alimento a mediodía: los soldados tenían que acostumbrarse a trabajar toda la jornada, con sólo ingerir el almuerzo, pero yo lo ignoraba y estaba convencido de que se habían olvidado de mí.

Mas al caer la noche, cuando ya estaba totalmente seguro de que me habían abandonado a mi suerte y creía que iba a morir de hambre, apareció Tabshar Sin, miró a su alrededor y pareció complacido al ver que había realizado satisfactoriamente las tareas que me había encomendado.

—Éste es el destino de los soldados, príncipe —dijo poniéndome la mano en el hombro como si me compadeciese—. La mayor parte de su tiempo transcurre entre tedio y penalidades y, el resto, sumidos en temor, dolores y, finalmente, encuentran la muerte. ¡Vamos! Es hora de cenar y retirarse a dormir. Mañana te sentirás mejor.

Aquella noche comimos pan y queso de cabra y bebimos fuerte

cerveza. Yo me senté entre los príncipes reales y a la diestra de Tabshar Sin, en realidad su única mano, lo que, al parecer, era un gran honor. Tabshar Sin narraba anécdotas de sus campañas y mis hermanos le escuchaban atentamente, llenos de admiración. Yo pensaba que nunca había catado tan delicados manjares ni disfrutado de tan espléndida compañía. Había olvidado todo lo sucedido en las caballerizas reales y sentía que aquélla era la velada más gloriosa de mi vida.

De pronto descubrí que Asarhadón no se encontraba presente, y cuando pregunté por él tropecé con un embarazoso silencio. Más tarde me informaron que había sido enviado a dormir bajo las estrellas, castigo realmente duro porque las noches eran frías. Al parecer le habían descubierto peleando. Con sólo pasear mi vista por la sala descubrí quién había sido su contrincante: al final de la mesa se encontraba un muchacho con el ojo amoratado. Se llamaba Arad Malik y yo apenas le conocía, puesto que había abandonado el gineceo hacía un año. Su rostro era grande, de lerdá expresión, y me estuvo observando toda la noche con odio reconcentrado porque sabía que Asarhadón y yo éramos amigos.

El único de mis hermanos al que conocía de vista era Arad Ninlil, segundo hijo de la señora Tashmetumsharrat. Delgado y de aspecto enfermizo, tendría unos catorce años y enormes ojeras. Apenas hablaba ni sonreía y ni siquiera parecía escuchar a Tabshar Sin, diríase que se hallaba concentrado en sombríos pensamientos. Había concluido ya su período de instrucción y dentro de pocos meses abandonaría el cuartel para incorporarse al ejército del norte. Ocupaba el segundo puesto en la línea de sucesión al trono, tras su hermano Assurnadinshum.

Durante la cena conseguí sustraer medio pan y una jarrita sellada de cerveza, aunque no me hubiera sorprendido enterarme de que Tabshar Sin había descubierto mi robo. Pero, en el caso de que así fuera, no dio muestras de ello.

Regresé al cuartel, enrollé mi manta y la de Asarhadón, y salí en su busca. Le encontré en el tejado, con los brazos cruzados bajo la cabeza mirando a las estrellas. Pareció alegrarle mi presencia, mas creo que aún le satisfizo más el pan y la cerveza.

—¿Por qué has golpeado a Arad Malik? —le pregunté.

Asarhadón sonrió recordando lo sucedido, se llenó la boca de pan y hundió los dedos en el sello de la jarra de cerveza.

—No me quedó otra elección —repuso—. Él quiso pelear únicamente porque le dije que los senos de su madre eran gordos y verdes como melones. Es cierto, ¿sabes? La vi una vez cuando tenía seis años y no es un espectáculo que pueda olvidarse fácilmente.